

The Man Falling from the Tower

A poem by Eduardo Vázquez Martín



After the attacks in New York, young Mexican poet Eduardo Vázquez Martín wrote a poem not originally intended for publication. A friend of his sent him an e-mail with a few fragments of poetry about the turmoil everyone was experiencing, and Eduardo responded with his own poem, which was sent out to the entire mailing list his friend had originally targeted. Several messages later, Eduardo's poem was eventually read on the radio, and he gave his permission for it to be published in English and Spanish here to pay homage in verse to the fallen.

THE MAN FALLING FROM THE TOWER

The man falling
Had the choice of dying by fire
Or flying toward death
Feeling, one more time, the breeze off the Hudson
Before losing himself forever in oblivion.

I have seen the jubilation of the children of the Orient,
I have seen many clean lips smiling,
I have seen my own cannibal dentures laughing
in the mirror of others
And I know that the man hurtling down
Is not redeemed by the world's pedagogy.

I have gone out to celebrate in Palestine,
I have prayed with dry tears of terror,
I have wept in a garden of my own city
For the streets of Manhattan covered by ash,
I sat down to read the Koran in a Baghdad plaza,
And just as the captain of the airplane told me,
I fastened my seat-belt
In order to die in my assigned place.

Long ago I saw the Palacio de Moneda in Santiago de
Chile

Wounded on another September 11:
Salvador Allende died there.
Surely I will die in Kabul tomorrow
By the old rule of tooth for tooth
And eye for eye.
Whosoever may be the mouth or glance.

Meantime I am the negative sum as the stock market
closes
And the multiplication of drops of blood
On the mutilated verses of Lorca's *Poeta en Nueva York*:
The dead are absorbed, devouring their own hands.
While the others dance...
Cold men, drunk on silver...
Those who believe in hard flames...
Those who drink the tears of dead little girls in the
bank...

Flesh incinerated in the sacrificial rite
Which nobody will find in the rubble.



I cannot sip coffee in the same old cafe,
Nor listen to my daughter say "cat"
Because I am falling
Out of the arm of the empire where I live
And to he to whom the holy light of war has been
revealed
Does not care that I would have preferred that nothing
happen today,
Nothing that might provoke the uncontainable verborrhoea
of the news,
Nor the Koranic inspiration of suicide pilots,
Nor the Pavlovian reaction of couch potatoes
Demanding that some place in the world must burn
To assuage the impotence that keeps them sitting there.

I didn't understand what they said —my own
tongue is foreign,
And those who follow their God speak no language which
is not theirs—,
But all I can say is that I am a man who got up early,
Dealt with all the morning's necessities,
Arrived to work where I work
And between dying by fire in the oven of the office
And leaping, decided to fly:

The pigeons of the harbor voyage on with me.

Translated by John Oliver Simon

EL QUE CAE DE LA TORRE

El que cae
tuvo la opción de morir por fuego
o volar hacia la muerte
y sentir, una vez más, la fresca brisa del río Hudson
antes de perderse para siempre en el olvido.

He visto celebrar a los niños del Oriente,
he visto la sonrisa en muchos labios limpios,
he mirado reírse mi dentadura de caníbal
en el espejo de los otros
y sé que al hombre que se precipita
no lo redime la pedagogía del mundo.

He salido a festejar en Palestina,
he rezado con lágrimas secas de espanto,
he llorado en un jardín de mi ciudad
por las calles de Manhattan cubiertas de ceniza,
me senté a leer el Corán en una plaza de Bagdad
y tal como me lo ordenó el capitán del avión
me abroché el cinturón de seguridad
para morir en el lugar que me asignaron.

Antes vi el palacio de la Moneda
herido otro 11 de septiembre:
ahí murió el doctor Allende.
seguramente moriré en Kabul mañana
por aquello del diente por diente
y el ojo por ojo.
no importa de quién sea la boca o la mirada.

Por lo pronto soy la cifra negativa en el cierre de la bolsa
y la multiplicación de las gotas de sangre
en los versos mutilados del *Poeta en Nueva York*:
*Los muertos están embebidos, devorando
sus propias manos.*
Son los otros los que bailan...
Los borrachos de plata, los hombres fríos...
Los que creen en las llamas duras...
Los que beben en el banco lágrimas de niña muerta...

carne incinerada en el ritual del sacrificio
que nadie encontrará en los escombros.

No puedo tomar café en el café de siempre,
ni oír a mi hija decirme gato,
porque voy cayendo
desde un brazo del imperio donde vivo
y a quien se le reveló la luz santa de la guerra
no le importó que yo hubiese preferido que hoy no pasara
nada,
nada que provocase la incontenible verborrea
de las noticias,
ni la inspiración coránica de los pilotos suicidas,
ni la reacción pavloviana de los televidentes mansos
que piden arden todavía más, en cualquier parte
del mundo,
para consolar la impotencia que los tiene sentados ahí.

No entendí lo que dijeron —mi lengua es extranjera,
y los que siguen a su Dios no hablan otra que no sea
la suya—,
pero lo que yo digo es que soy un hombre que se levantó
temprano,
cumplió con los hábitos que la mañana exige,
llegó a trabajar donde trabaja
y entre morir por fuego en el horno de la oficina
y saltar, mejor salí volando:

Las palomas del puerto viajan conmigo.

